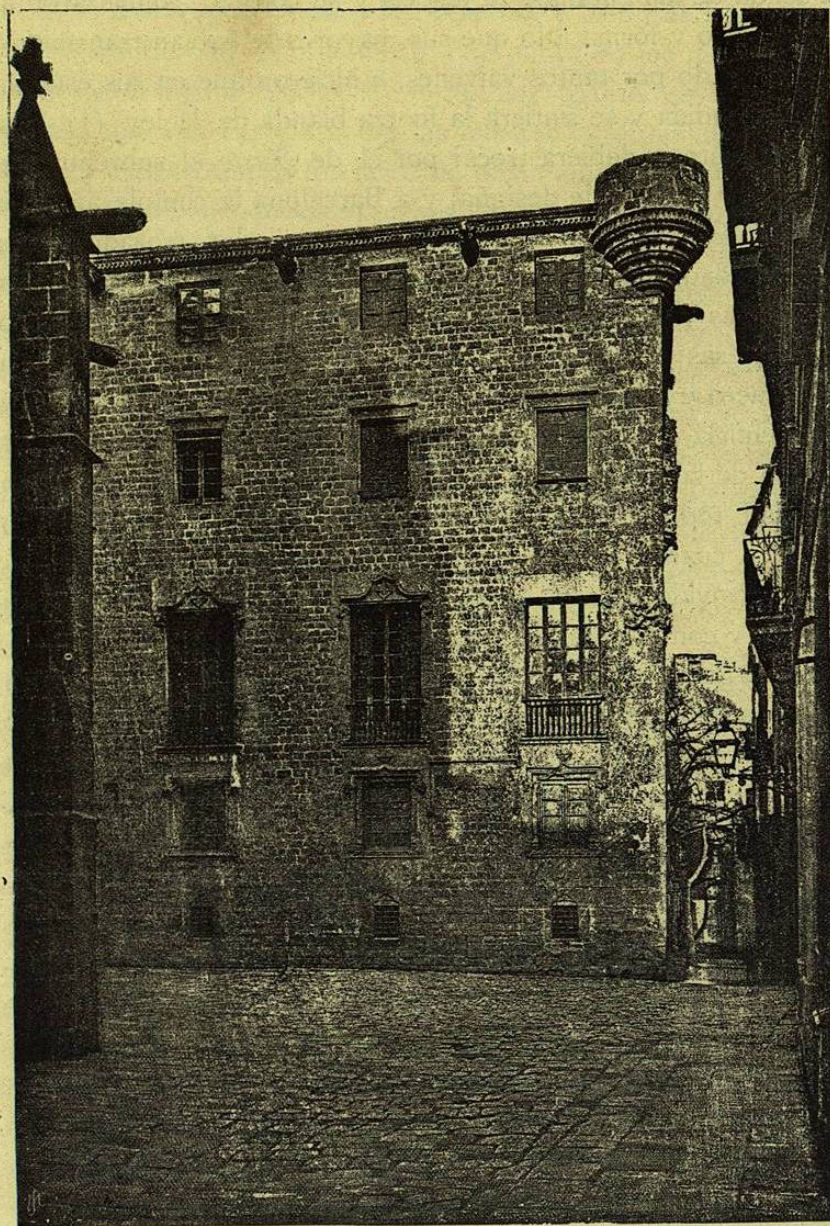


de qué valía la pujanza de los sarracenos y secundado por sus guerras civiles de ellos, redobló sus ataques contra las fronteras, reuniendo para estas expediciones sagradas sus obispos, sus abades, sus vizcondes, sus caballeros y todos los hombres de armas, y repartiendo denodados alcaides por los castillos y las tierras que hacia el Ebro y el Segre conquistaba. Así pudo bajar al sepulcro en 25 de Febrero de 1018, seguro de que ya la herencia que le legaron sus mayores no sería fácilmente ni de mucho tiempo despedazada con las sangrientas irrupciones que acibararon el reinado de su padre y el suyo propio (a).

Esta seguridad suya tampoco podía ser menoscabada por la consideración de la tierna edad del hijo en quien recaía el condado: su viuda Ermesindis había traído de Auvernia algo más que los atractivos de su gentil persona, y los súbditos de su esposo repetidas veces habían echado de ver que, cuanto al consejo y á la fortaleza, no quedaba vacío el trono condal cuando la guerra llamaba á Ramón Borrell á la frontera. Mas para que también en esta ocasión se descubriese lo incompleto y miserable de todo lo humano, que lleva el mal y el bien revueltos y apegados; tanta intervención en el regimiento de los estados de su esposo la aficionó al mando desmedidamente, y esa afición fué origen de disturbios en la familia, tal vez de infortunios sangrientos. Si realmente no ejerció la tutela de su hijo sino muy corto tiempo, su inconsiderado esposo la dejó tan favorecida en su postrera voluntad y de tal manera se había ella apoderado de la mayor parte de los negocios, que el sucesor *Berenguer Ramón* I tuvo que luchar constantemente con sus ambiciosas pretensiones, y madre é hijo, vergonzoso es que se escriba, vinieron á pactos sobre el imperio. La posteridad ha sido severa con la fama de este conde, en nuestro concepto demasiadamente; porque si su espada no abrió á los catalanes

(a) En los últimos años de este conde se repararon los muros de Barcelona, tal vez los mismos de la acrópolis romana; existiendo fuera de ella diversos arrabales con edificios de importancia.



ANTIGUO PALACIO DEL VIREY
(Actual archivo de la Corona de Aragón)

la senda de las batallas, su justicia y su consejo comenzaron á dar asiento y forma á lo que sus mayores le habían transmitido despedazado por tantos vaivenes, é hicieron que en sus estados fuese atendida y se sintiera la fuerza blanda de la ley (1). Por esto la historia debiera trocar por el de *Justo* el sobrenombre de *Curvo* con que le designa; y á Barcelona le cumple añadirle el de *Liberal*, ya que á él debieron en 1025 los moradores de este condado la primera confirmación histórica de todas sus franquicias y de la libertad de sus propiedades (2). El cielo coronó esas virtudes pacíficas con numerosos hijos habidos en su primero y segundo enlace con doña Sancha de Gascuña y doña Guisla ó Guilia de Ampurias; mas no le permitió continuar la obra de la restauración, á que sin duda le hubiera llamado su edad todavía florida, y cerró en paz sus ojos á 26 de mayo de 1035, cuando apenas rayaba en los treinta años.

La Providencia empero no defraudó las esperanzas de los buenos, y con la persona del sucesor *Ramón Berenguer I* compensó largamente la pérdida prematura del padre. Nacido en los años de 1023 á 1024, sentóse en 1035 en el trono condal con una resolución y firmeza raramente compatibles con su corta edad y con la turbación de las cosas. Tres años después, el acta de la consagración de la catedral de Vich, que fué uno de los hechos más señalados y como tal concurridos de entonces, vino á perpetuar el testimonio de sus buenas partes, llamándole joven de egregia índole (*puer egregie indolis*). Pero la época que podemos llamar heroica de la historia catalana, finaliza por este tiempo; que ya después no reaparecieron aquellas empresas atrevidas, en que soberano y vasallos compartían los azares y las fatigas como guerreros de Cristo, extraños á la ambición y á los odios de rivalidad y de codicia: las guerras se regulari-

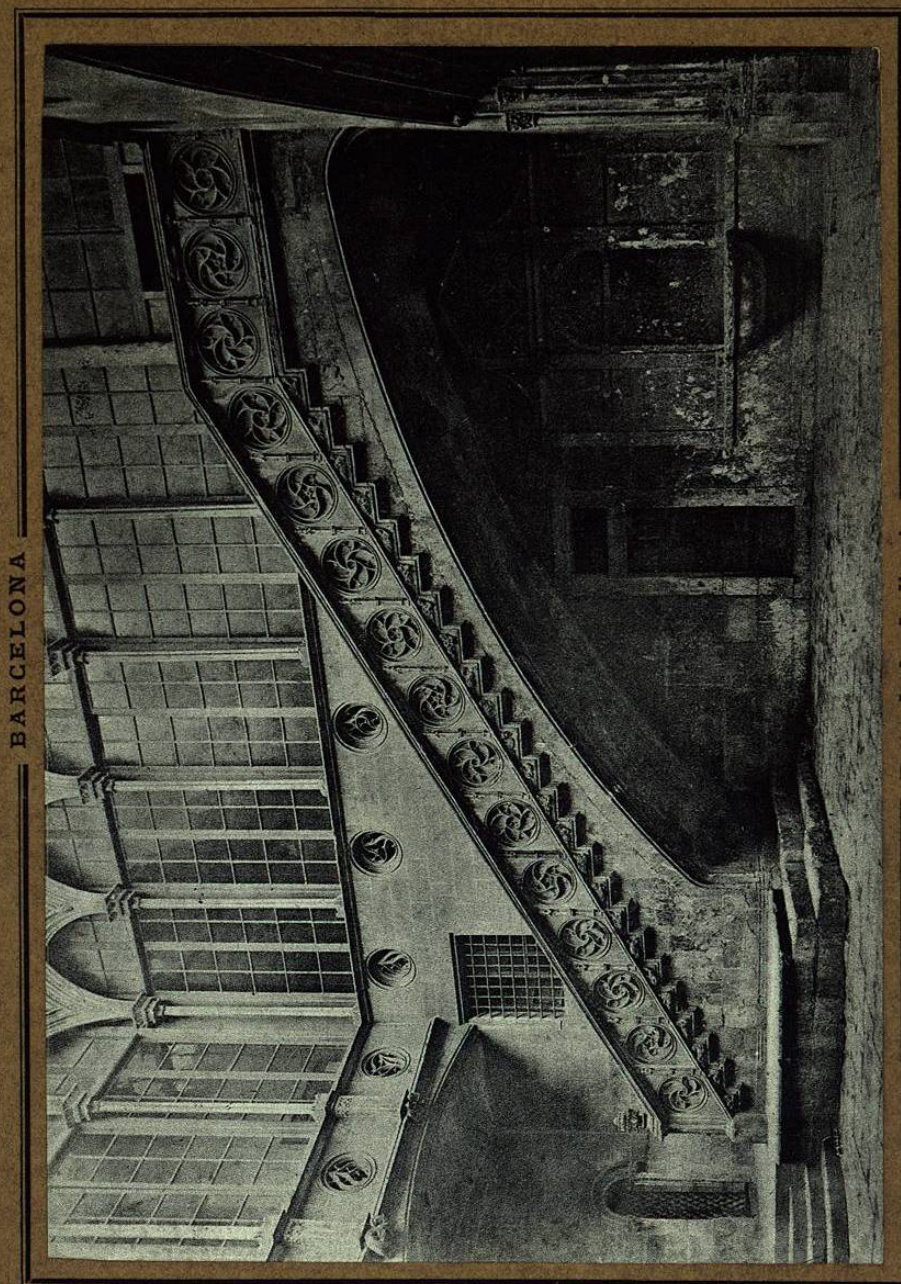
(1) El Sr. D. Próspero de Bofarull ha vindicado completamente la fama de este conde, comprobando su rectitud y su consejo con la abundancia de datos auténticos que dan tanto valor á su obra de los *Condes de Barcelona Vindicados*.

(2) Véase el Número 11 del APÉNDICE.

zaron; se asentó poco á poco el gobierno; y bien que las lanzas cristianas hirieron más cruelmente que nunca en los musulimes y los fueron arrojando de las fronteras, las figuras de los jefes asoman con más certeza sobre las huestes ya disciplinadas, las pasiones malas rompen los lazos de unión entre los señores de Cataluña, y dividiendo los intereses de la codicia la atención y la actividad antes concentradas en la reconquista, al fin ensangrientan las cámaras del palacio. Los venerables prelados que celebraban la consagración de la catedral Ausonense sin duda contemplaban con tierno respeto aquella joven cabeza; mas no podían adivinar que la misma abuela Ermesendis, que en aquel acto le acompañaba, llevaba á él su desapoderada sed de mando é iba á amargar los comienzos del nuevo reinado. El escándalo fué mayor que en vida de su padre, cuánto mayores debieron de ser también las esperanzas que en la tierna edad del nieto cifraría Ermesendis. Pero el ánimo entero del mancebo frustrólas todas, y fuerte con la alianza de los primeros señores de Cataluña y con los homenajes que la mayor parte de los nobles le prestaron comprometiéndose á no auxiliar á su abuela, al fin la redujo á la desesperada situación de que muchos años después hiciese excomulgar por el papa al conde y á su segunda esposa doña Almodis y á Wifredo arzobispo de Narbona. Tampoco este medio violento debió de doblegar el ánimo resuelto del nieto; y ya de arrepentida, ya desesperanzada, la abuela en 1056 vino también á pactos, como en el condado anterior lo había hecho con su hijo, y vendió á Ramón Berenguer I, todos sus derechos á los condados de Gerona, Barcelona, Ausona y Manresa por 1,000 onzas de oro ó sean 100,000 sueldos barceloneses; precio hartó miserable para el valor de sus demandas, testimonio clarísimo de la sinrazón con que las hacía. Creció la vergüenza de este acto con la confesión que ella consignó de sus usurpaciones, y con el empeño que contrajo de alcanzar que el decreto de excomunión fuese revocado. Al menos el uso que hizo de aquel precio de infamia pudo compensar en parte el es-

cándalo y probar que la anciana Ermesendis entonces obedecía á la voz de su arrepentimiento, pues las consagró á la fábrica del suntuoso altar de Gerona, cuyo frontal todavía conserva su nombre. Duró ella algún tiempo en tan cuerda resolución: retirada desde entonces en el castillo de San Quirse de Basora, quiso ir en romería á Santiago de Galicia y á San Pedro y San Pablo de Roma, por lo cual otorgó testamento á 25 de setiembre de 1057, nombrando albacea á su mismo nieto. Pero si su edad avanzada le consintió llevar á cabo su romería, ciertamente no pudo ésta extinguir su odio y su ambición mal encubiertos; sino que próxima á la muerte, despojó á su nieto del encargo de albacea, y con esta última voluntad bajó al sepulcro el día 1.º de marzo de 1058.

Con estas desavenencias domésticas coincidió la división introducida entre el mismo conde de Barcelona y el de Cerdeña, que vinieron á punto de rompimiento, sin que los vínculos del parentesco bastasen á refrenarles. Ramón Berenguer, como más poderoso, se concertó con el conde de Urgel que prometió tomar las armas contra el de Cerdeña; y para que nada faltase á la mengua de semejante negocio, entraron en la misma alianza y con igual objeto el obispo de Urgel, Bernardo conde de Bergadán, y los dos hermanos de éste Guillermo y Berenguer. La historia, así como calla el verdadero motivo de esta división, tampoco dice por qué las cosas no vinieron á rompimiento de guerra; mas pues la situación de los estados de Cerdeña interrumpía en cierto modo la unidad de los de Barcelona, puesto que Ramón Berenguer podía ya contar como suyos los de allende el Pirineo, bien podemos suponer que la ambición ó las disputas sobre límites motivaron la contienda y la agravaron con los rencores privados, que desgraciadamente entonces comenzaban á encenderse. Tal vez cupo alguna parte en desviarle de esa guerra poco menos que fratricida, á los sentimientos de justicia y de piedad que Ramón Berenguer había heredado de su padre, y que acreditó de todo punto con la restauración y



BARCELONA

Patio de la Audiencia

acrecentamiento del hospital de Santa Eulalia (1) y con la nueva fábrica de la catedral de Barcelona, que sustituyó á la antigua destrozada basílica.

Más afortunado que su padre, colmó esas virtudes pacíficas con la fortaleza de sus mayores; y luégo que pudo, hizo sentir á los infieles el rigor de sus armas. Las esperanzas que aquellos prelados habían concebido de su adolescencia, no salieron fallidas: lanzados los árabes de lo que en este intervalo de tiempo habían vuelto á invadir, forzados algunos de los walíes á comprar con tributos la salvación de sus tierras, el joven conde levantó su corazón á la empresa que naturalmente había de ofrecerse la primera al deber de cristiano, y la más digna de renombre. La que fué un tiempo metrópoli de España, despedazada, hecha apenas sombra de lo que antes, guarecía á las avanzadas musulmicas que de allí bajaban á talar con sus algaras las vecinas tierras. La silla santificada con sangre de los mártires, la que había mantenido el depósito de la fe en la mitad de la España antigua, veía á los hijos de Mahoma orar ante su Mihrab y ensalzar su falsa ley desde los almimbares: las tradiciones de la grandeza romana, las sombras de los primeros héroes cristianos todavía errantes en los vestigios del anfiteatro, la fama dolorosa de las asolaciones de Vándalos, Suevos, Godos y Árabes, todo ese conjunto vinculado en el solo nombre de Tarragona, ¿qué mayor hazaña podía mover el corazón y convidar las armas de nuestro príncipe? Acción era esta indudablemente deseada en la corte de nuestros condes y á la cual no debió desatender el clero catalán desde los comienzos de la reconquista: por esto apenas se intentó ejecutarla, ya fué dable señalar los términos del condado que allí se fundase y se pro-

(1) La fundación de este hospital se debió á un piadoso varón llamado Guittardo, y estaba situado en la bajada de la Canonja, junto al mismo recinto del palacio condal. La Religión de Ntra. Sra. de la Merced tuvo allí su origen. Hasta nuestros días un torreón cuadrado en la esquina y una puerta tapiada recordaban esos hechos: hoy, que todo se renueva, esos vestigios han desaparecido.

yectaba dar en feudo á Berenguer vizconde de Narbona. No pasó con todo de proyecto por entonces (1049-50); mas esa idea reaparece durante la vida de Ramón I, y algunos años después se renueva hasta el punto de tratar de erigir en Tarragona un vizcondado y designar como vizconde á Bernardo Amat de Claramunt.

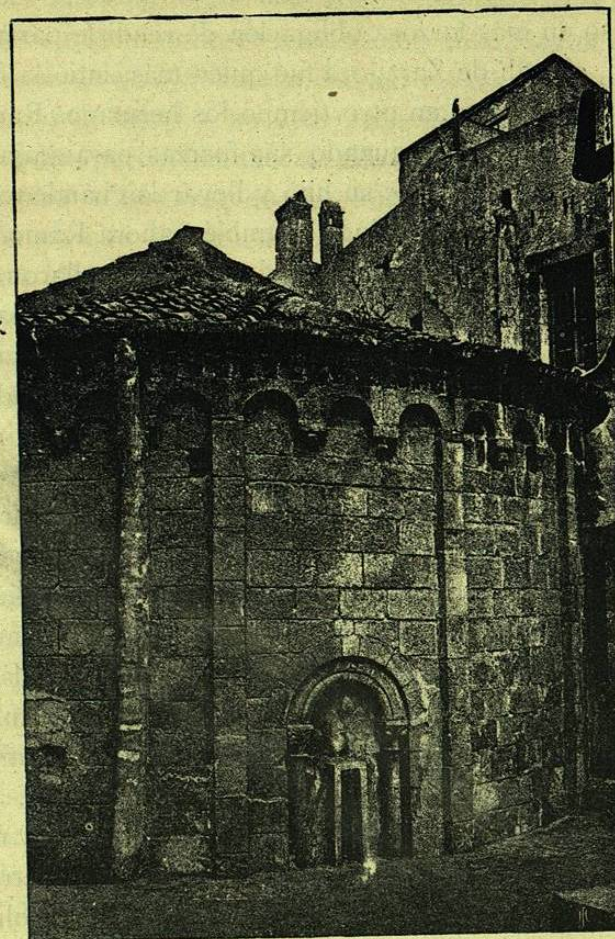
De esta manera el conde de Barcelona proseguía la obra comenzada por su padre Berenguer el *Curvo*; y no sólo atendía á robustecer el imperio de la justicia, sino también á su propia autoridad. La condición de aquellos tiempos forzosamente hubo de despertar ideas de independenciamiento en muchos de los varones que no debían sus tierras sino á la bondad de su brazo, y en quienes estribaba la principal defensa de toda Cataluña. Del mismo modo con que el condado supremo de Barcelona había aflojado poco á poco los lazos que lo sujetaban al imperio de los francos, hasta romperlos totalmente á la par de otros estados del mediodía de la Francia; también muchos de los nobles catalanes, orgullosos con la libertad que les legaron sus mayores y mejorados con las nuevas conquistas, una vez entibiado aquel primitivo ardimiento que reunía á todos los súbditos cristianos en torno de su conde como soldados en derredor de su caudillo, debían esquivar el predominio condal, cuyos efectos apenas habían experimentado sino remotamente. Ramón Berenguer I, supo con tiempo reatar los vínculos que tal vez se hubieran relajado con el desuso: los feudos se renovaron, los principales barones tuvieron que rendirle homenaje, y de todas partes exigió juramento de lealtad y de ayuda. Una familia sola descollaba sobre todas junto al mismo trono, y ya por su dignidad, sin duda coetánea del condado, ya por su parentesco con los descendientes de Wifredo que hasta entonces la habían considerado como parte de la misma casa condal, era la más osada y la que primeramente había de reducirse á límites ciertos. Era la antigua de los vizcondes de Barcelona, dignidad que si no comenzó junto con Bera, primero de los condes delegados

de la Francia, ya se encuentra establecida en el privilegio que el emperador Carlos el *Calvo*, hijo del conquistador Ludovico Pío, concedió á los barceloneses en tiempo de Wifredo el *velloso*. Su importancia había ido decayendo al paso que la independencia del condado se confirmaba con el desuso del feudo imperial, con los actos de posesión y con las nuevas conquistas: pues si entrambos cargos al principio se igualaban hasta cierto punto por su común dependencia del jefe del Estado, después el de vizconde no pasó de mero título, como naturalmente cada conde debía cometer sus veces á su heredero ó á su misma esposa. La historia dice que, en efecto, aquellos antiguos soberanos solían asociarse al mando sus primogénitos; y la gobernación ó lugartenencia de sus esposas se halla mencionada en gran número de diplomas. Menoscabado su poder y rebajado su rango, la casa vizcondal ó había de someterse de buena voluntad á sus nuevos soberanos, ó si hacía alarde de sus derechos, exponerse á que la autoridad del conde aniquilase sus pretensiones y la degradase completamente. Sin duda al principio se atuvo á lo primero, y tampoco convendría al conde abatirla por entonces, cuando la memoria de la soberanía imperial era reciente y él había menester de los auxilios voluntarios de los barceloneses. Y aun quizás la política indujo á la casa de Wifredo á entroncar con la de Udulardo, que este parece fué el nombre del vizconde contemporáneo de *El Velloso*. Rikildis, hija de Borrell II, casó con el vizconde también llamado como aquel antiguo antepasado suyo, y de este matrimonio nacieron otro Udulardo y el esclarecido obispo de Barcelona Gislberto. El vizconde Udulardo Bernardo, nieto de aquella Rikildis y sobrino de este obispo, asimismo casó con Guisla ó Guilia, viuda del conde Berenguer el *Curvo*, y en ella hubo á Gelaberto Udulardo. Mas este mismo parentesco debió de ser un incentivo á los vizcondes á que tentasen el recobro de su menoscabado poder, para lo cual podían favorecerse de la jurisdicción civil que lo mismo que al Venguer les quedó en Barcelona, y sobre todo de las importantes

posiciones que en tierras y en castillos retenían dentro y fuera de la plaza. Quizás basten estas consideraciones á explicar los actos de rebelión que antes del año 1050 cometió el vizconde Udulardo Bernardo no sin la cooperación de su tío. Se acusó al obispo de haber procurado la deserción de la hueste que el conde tenía en Pertusa, tal vez con motivo de sus aprestos contra el de Cerdaña; de que había favorecido la rebelión de uno llamado Umberto y la de su sobrino el vizconde; el cual además movió una sedición dentro de la misma ciudad, y durante ella hizo apedrear el palacio de su soberano por gente apostada en el campanario y casa vizcondales (1). Era este el llamado *castillo viejo*, que se levantó sobre la fortificación romana en el mismo sitio donde hace poco estaban las cárceles antiguas. Llevóse el negocio ante un tribunal presidido por un obispo y compuesto de los primeros barones; mas la voz de la sangre no podía ser desoída por Ramón Berenguer, que se contentó con que el prelado Gislaberto se purgase por juramento y diese en prenda de su palabra su castillo de Llobregat, y Udulardo Bernardo prestase una fianza de 10,000 sueldos. Entrambos se mantuvieron fieles á lo prometido; mas el poder vizcondal menguó de cada día. Udulardo Bernardo hubo de prestar á Ramón Berenguer I, homenaje y juramento de fidelidad, contrayendo la obligación de mantener para el mismo conde el *castillo viejo* ó sea vizcondal, que recibió en feudo junto con el *nuevo*, con la condición expresa de no poner en ellos alcaide sin consentimiento del príncipe; y algunos años después (1063) se vió forzado á cambiar por el castillo de Apiarola su importante fortaleza de Castellet y la de Fontanet ó Piera, las cuales el conde donó á Almodis su tercera esposa. Su hijo Gelaberto Udulardo no le pudo suceder sino recibiendo el vizcondado de manos del mismo príncipe; y en tiempo de su nieto Reverter estaba la autoridad de aquel cargo tan perdida, que después de haberlo tenido usur-

(1) Véase los *Condes vindicados* del Sr. Bofarull, tom. II, pág. 16.

pado con todas sus pertenencias el veguer Berenguer Ramón de Castellet, no fué devuelto á su dueño sino merced á la disen-



PUERTA ROMÁNICA DE LA ANTIGUA IGLESIA DE SAN LÁZARO

sión que entre el de Castellet y el conde se introdujo. También sólo por el beneplácito de este pasó al hijo de Reverter, llamado Guillermo de la Guardia, último vizconde de quien se encuentra mención cierta.